

Indelicadeza

Amina Cain

# Indelicadeza

Traducción de Inés Clavero

**PLOT**

*Para Alex y Laida*

Es como si hubiese un  
acontecimiento que me está  
esperando, [...] me es debido, se  
parece a mí, es casi yo. Pero nunca  
se ha acercado. Si quiere puede  
llamarlo usted destino. Porque he  
intentado ir a su encuentro.

CLARICE LISPECTOR,  
*LA MANZANA EN LA OSCURIDAD*  
(Traducción de Elena Losada)



Pensaba que estar en el campo me ayudaría a escribir, con sus prados y sus caballos, pero no creo estar hecha para eso. Para el campo, o para la ayuda.

Fuera, en la calle, las velas alumbran todas las ventanas. Cuando no consigo poner por escrito mis pensamientos, las miro. Las llamas me hacen pensar en mi futuro; temo llegar a prenderle fuego a todo un día. La gente entra y sale de las mismas cuatro tiendas; sé que no han comprado nada bueno. Yo, cuando entré, me aburrí. Me aburre esta única calle.

Si algo fluye por mi interior, lo considero mío. No lo es. Los carruajes que circulan cerca de mis ventanas.

Es raro volver a estar sola. Por la tarde hay una espaciosidad más amplia de lo que nunca he deseado. Tuve un marido y lo dejé; me pregunto cómo estará. Ahora tengo la escritura, pero también tengo demasiado de mi propio ser. Estoy al acecho de mi propia alma.

Yo quería escribir sobre cuadros, pero no estaba considerada como alguien capaz de decir nada interesante sobre arte. Capaz de decir nada en absoluto y publicarlo

después. Cuando fui al museo con mi marido, tuve la sensación de que debería haber estado limpiando aquel lugar. Estaba acostumbrada a ese trabajo y quizá sea mi destino. Antes de conocer a mi marido, había fregado los suelos de esas galerías, una y otra vez. Había restregado las paredes hasta que las palmas de las manos se me quedaron ásperas y reseca.

Ir al trabajo me gustaba tanto como me disgustaba. Cuando se suponía que debería haber estado limpiando, miraba por las ventanas del museo, los cuadros a mi espalda reflejados en el cristal. Significaba algo para mí verme con ellos. Hasta entonces nunca se me había ocurrido que los cuadros serían importantes.

Estaba aprendiendo a ser otra. Solía permanecer un buen rato frente a la ventana, con un barreño de agua a mi lado. Contemplaba la lluvia caer sobre la hierba; al principio, allí apostada, ni siquiera me había percatado de que lloviera.

Mi marido sentía que estaba rescatándome y en muchos sentidos era cierto.

Mi marido me hizo saber que estaba escribiendo acerca de mi propia mente. Se me hizo saber que no era apropiado. Pero yo me veía en los cuadros; lo veía todo en ellos.

Después de que mi marido y yo nos casáramos, tuve que abrir nuestra casa a los invitados, constantemente. Tuve que entretener y no es algo que se me dé bien. Al principio me agradaba mi nueva vida. Mi marido me compraba ropa cara, vestidos y más vestidos. Por primera vez lucía oro. Disponía de un cuarto para escribir —no era así como lo llamaba mi marido— y de una persona que me traía té o café caliente.

No es solo que mi marido pensara que las mujeres fuesen incapaces de escribir, sino que directamente me creía incapaz a mí. Mi trampolín para prosperar estaba en mi matrimonio con él, en mis nuevas prendas y en mis joyas. Es cierto que yo deseaba todo lo que me daba, pero si no puedo escribir me moriré y entonces habré tirado mi vida por la borda.

Me veo a mí misma por aquella época, una silueta por la calle, caminando en dirección al museo. Asomarme a la ventana y verme así. Dentro de la experiencia y fuera de ella.

Sin embargo, aquí está mi cuerpo, mi silla. Aquí están mis muñecas. Sentada frente a mi escritorio, me embarga el afecto por ellas. Les he hecho hacer demasiado.